

»De dolor expiré como una loca,  
con la memoria en él, la fe en el cielo,  
puesto inmóvil el índice en la boca  
y clavados los ojos en el suelo.

»Como sueño aquí tanto, y no acostumbro  
á levantar del suelo la cabeza,  
siempre el anillo ante mis pies columbro,  
maniática de amor y de tristeza.

»Echo á veces á andar, y me estremece  
el ruido que al pisar hace mi planta,  
pues rechina una cosa que parece  
la prenda de mi amor que se quebranta.

»Más veces triturar, se me figura,  
que rayos tiene el sol, y el mar arenas,  
este anillo ideal, la flor más pura  
que engalana la tumba de mis penas.

»Por eso, aquí sentada, y evitando  
de anillos que se quiebran los chasquidos,  
vivo, inmóvil y noble, profesando  
la fe de mis amores extinguidos.»

Calló Isabel; y pensativa y tierna,  
volvió á abismarse en su mortal reposo,  
pensando así labrar su vida eterna  
con ruinas de un pasado doloroso;

Y presa de su inmenso desvarío,  
sentada se quedó sobre la roca,  
con la vista clavada en el vacío,  
y lívida la faz como una loca.

#### ESCENA XLI

##### La creación de un mundo

LUGAR DE LA ESCENA: *En un vacío del cielo*

##### PERSONAJES

PAZ. — HONORIO. — ADÁN Y EVA EN EL PARAÍSO

##### ARGUMENTO

Los cuatro suspiros que exhalaban, al despedirse, Paz, Honorio, Soledad y Palaciano, cuando este último iba guiando las almas en pena hacia el globo terráqueo, cayeron en un vacío que dejó el planeta que se extinguió, y de ellos vieron Paz y Honorio que se empezó á formar un nuevo mundo. Ven al primer hombre y á la primera mujer, cuyo beso oculta aquel mundo girando sobre sí por la primera vez.

Es, de la vida en el revuelto giro,  
toda cosa que muere transformada;  
no se pierde en los aires ni un suspiro,  
ni el átomo más vil se hunde en la nada.

Desde el suspiro aquel que, en cierto ins-  
exhalaban con alma congojosa, (tante,  
humilde Palaciano, Honorio amante,  
sublime Soledad, Paz cariñosa,

Derramando, al pasar, estos gemidos  
la fe, la duda, la bondad, los celos,  
cruzaron, desde entonces confundidos,  
como una tromba de pasión, los cielos.

Voló un día esta tromba desalada  
hacia un rincón de un cielo devastado,  
y cayó en la región mal ocupada  
por restos de un planeta destrozado.

De aquellos ayes la revuelta suma,  
que un mundo entero de pasión encierra,  
condensándose está, como una bruma  
que va formando una ilusión de tierra.

En torno de la vaga nebulosa  
ven, del cielo en la parte devastada,  
que nace, germinando alguna cosa,  
cual si brotase un algo de la nada.

De estos cuatro suspiros condensados,  
de amor y de dolor germen fecundo,  
Honorio y Paz, contritos y admirados,  
ven el alma brotar de un nuevo mundo.

Girando en confusión vertiginosa  
del éter las corrientes verdaderas,  
ya anuncia la mezquina nebulosa  
un mundo en formación en las esferas.

La etérea masa, por el mundo entero,  
como sangre impalpable, difundida,  
vaga, sin forma y sin color, primero,  
vibra después, radiante y con medida.

El átomo del globo no formado,  
que vaga misterioso entre vapores,  
poco después, en gota condensado,  
descompondrá la luz y los colores;

Y círculos inmensos describiendo,  
de ser en ser caminará escondido,  
de un volcán en la cúspide luciendo,  
ya de un mar en el seno sumergido;

Será fuerza después, y luego vida,  
y lágrima tal vez más adelante,  
que rodará, en un alma confundida,  
emblema de dolor, por un semblante.

Por su fuerza inicial ya van creciendo  
en un lago de luz, pero aun inerte,  
las olas de la vida, que, corriendo,  
irán por entre flores á la muerte.

Honorio y Paz con claridad perciben  
cuál se van agrandando y agrandando  
los círculos y líneas que describen,  
los átomos en torno circulando;

Y cómo, oscuro, claro ó purpurino,  
el color va subiendo del ambiente,  
desde el mate del polo blanquecino,  
al rojo de los trópicos ardiente;

Advierten que, entre pálidos albores,  
el éter que inactivo se columbra,  
dispersando la luz y los colores,  
se mueve y da calor, vibra y alumbra;

Y que del germen cósmico saliendo,  
nace una ola, y circulando crece,  
y se espacia, y el círculo, creciendo,  
á fuerza de crecer, se desvanece.

Y luego que la luz forma colores,  
se adorna el cielo de flotantes gasas,  
después nace el ambiente... los vapores...  
niebla... átomos... moléculas... y masas.

Así en sitios del cielo devastados,  
hirviendo en una atmósfera sombría,  
de estos cuatro suspiros condensados  
un mundo nuevo á rebrotar volvía;

Y así cada suspiro vagaroso,  
uno en otro embebiéndose, se inflama,  
y se hace, con el roce, luminoso,  
y vibra más y más... y brota llama.

Con sus rayos de luz, prestos ó tardos,  
va mostrando, ya rápidos, ya lentos,  
el iris sus colores, blancos, pardos,  
rojos, anaranjados, cenicientos.

De rumores y luz lleno el ambiente,  
vibra el éter con fuerza, y nace el día;  
suenan el aire con tiempo, y dulcemente  
encanta nuestras almas la armonía;

Y en torno de la esfera melodiosa,  
Honorio el pitagórico escuchaba  
que una cierta plegaria misteriosa  
el mundo, al rehacerse, murmuraba.

Nace, vibra, se espacia y resplandece  
la luz que el foco candescente encierra,  
y por fin, condensándose, aparece  
entre tierras celestes otra tierra.

Va de los ayes al calor se agita  
el mundo estremecido hasta en su base,  
y bulle más, y de placer palpita,  
cual si el soplo de Dios sobre él pasase.

En pródiga expansión multiplicaba  
sus ruidos y su esencia de hora en hora,  
el mundo que, naciente, ya empezaba  
á blanquear con los rayos de la aurora.

Como al brotar los árboles crecían,  
lo que en toda una edad, cada minuto,  
las gallardas palmeras extendían  
sus altas ramas, su dorado fruto.

Lentamente formándose, engalana  
aquella tierra embrionaria y bella,  
sombra de tarde, brillo de mañana,  
canto de alondra, resplandor de estrella.

De flor en flor, tendiendo alas amigas,  
el aire, columpiándose, circula,  
y agitando la miés, de las espigas,  
cual río de oro, el oleaje ondula.

Y vieron, cuando el mundo ya alumbraban  
los rayos aun informes de la aurora,  
que, uno de otro prendados, se admiraban  
dos seres de inocencia encantadora.

Y mientras Paz y Honorio están mirando,  
por vez primera, en tan supremo instante,  
la tierra entumecida, despertando,  
rodó sobre sus ejes de diamante;

Y el hombre y la mujer, en su embeleso,  
por verse se acercaron de manera...  
Pero el mundo ocultó su primer beso,  
girando sobre sí por vez primera.

#### ESCENA XLII

##### El primer idilio del mundo

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro embrionario*

##### PERSONAJES

PAZ. — HONORIO. — EVA EN EL PARAÍSO

##### ARGUMENTO

Hallan á la primera mujer de aquel mundo primitivo, llorando junto á una fuente. La mujer les cuenta que después del primer beso de su primer amor, llora el abandono de su amante. Paz la aconseja la resignación. La joven escucha distraída, y creyendo que oye la voz de su amante, deja solos á Paz y á Honorio, los cuales abandonan aquel mundo de inocencia.

Del primer día en la primera hora,  
ya de las aves despertando el coro,  
en el aire los rayos de la aurora  
jugando van cual mariposas de oro.

Tibios perfumes de deleite y vida  
despierta el sol, y el céfiro levanta  
de los bosques la esencia indefinida,  
que no embriaga jamás, y siempre encanta.

¡Salve, oh región del cielo poderosa,  
donde la planta, el pájaro y el viento  
diciendo siempre están alguna cosa  
á la luna y al sol y al firmamento!

¡Cuánta dicha al nacer! ¡Cuánta ternura!  
¡Todo á agitarse de placer convida...  
colores, fuentes, árboles, frescura,  
alas, impulso, movimiento y vida!

Las aves, á la luz de la alborada,  
sus metálicos timbres dan al viento;  
es el aire una fiesta continuada,  
y es la tierra la patria del contento.

Llenos de amor, rodeados de bellezas,  
Paz y Honorio caminan admirando  
los cánticos, las gracias, las ternezas,  
que entre el mundo y el sol se están cruzando.

Y ven, andando más, que, tristemente,  
á las luces primeras de la aurora,  
la primera mujer, junto á una fuente,  
en aquel mundo primitivo llora.

¡Oh esperanza humana, siempre fallida!  
¡Son las dichas de amor tan inseguras,  
que en el primer idilio de la vida  
ya el corazón se abreva de amarguras!

Aunque la causa de su mal no sabe,  
se queja la infeliz de esa manera  
con que se queja, abandonada, el ave  
en su nido de amor, sin compañera.

Es la primer mujer de aire sencillo;  
tan rubia como el sol, de blanca frente;  
huele á rosas su mano, el pie á tomillo,  
y su cutis al agua de la fuente.

Paz el camino hacia la joven toma,  
y acude de sus penas al reclamo,  
como lleva en su pico la paloma,  
al mundo que ha nacido, el verde ramo.

— ¿Qué haces aquí? — la dice, y su respuesta  
la niña aplaza, espera, mira, indaga,  
y agrandando los ojos, le contesta:  
— Coger flores y amar; ¿qué quieres que haga? —

Y la mujer, sin nombre todavía,  
que sólo sabe hablar de sus amores,  
y que ya, sin amor, sólo sabía  
hacer muchas caricias á las flores,

— Lo que eres, dice, y lo que soy ignoro. —  
Y mientras Paz sus dudas satisface,  
vivaz prosigue, suspendiendo el lloro,  
ingenua como el día en que se nace:

«¿Quién me ha dado la vida que yo tengo?  
¿Quién te dió á tí la vida que tú tienes?  
¿Quién soy yo? ¿Dónde voy? ¿De dónde vengo?  
¿Quién eres? ¿Dónde vas? ¿De dónde vienes?»

»Yo, al verme aquí traída de improviso,  
me parezco á mí misma, enamorada,  
recuerdo de algún otro paraíso,  
de que el alma algún día fué arrojada.»

Y Paz, de esta manera contestando  
á aquel ser tan gentil y candoroso,  
parecía una madre contemplando  
cómo duerme en la cuna un niño hermoso:

— Aquí nos trajo un viento de la vida;  
y el Dios que hizo esa bóveda estrellada,  
con su mano, que beso agradecida,  
nos sacó del abismo de la nada. —

Calló Paz, y la joven, en su empeño  
de aclarar la fatal incertidumbre  
de ese dolor tan grande, aunque pequeño,  
que causa la primera pesadumbre,

Torna á hablar de su mal, vuelve á su lloro,  
deja caer las rosas de su falda,  
y para hablar á Paz, sus bucles de oro,  
con un aire de cisne, echó á la espalda.

De este modo contaba el primer día  
de sus amores los primeros duelos,  
y como era tan niña todavía,  
aun hablaba el lenguaje de los cielos;

Y al contar los dolores de la ausencia,  
¡qué bondad! ¡Cuántas frases seductoras!  
¡Cómo siempre el candor de la inocencia  
rebose sobre todo á todas horas!...

«Soñando yo en un ser, tierna decía, —  
de mis sentidos y de mi alma dueño,  
hallé el ser á mi lado el mismo día,  
pasando á realidad mi dulce sueño.

»Miré al campo y al sol; mas no ví cosa  
que igualase á aquel ser en el encanto:  
¡qué estatura! ¡Qué fuerza prodigiosa!  
Yo estaba muda de placer y espanto.

»Afable alguna vez, y otras terrible,  
por el aire imperial de su persona,  
á mí me pareció que, aunque invisible,  
llevaba en su cabeza una corona.

»Mientras mi pecho subyugado siente  
la inefable bondad de sus maneras,  
es tan bravo y gentil, que, humildemente,  
temiendo á su valor, huyen las fieras.»

Habla así la mujer, y en tal instante,  
con su entusiasmo y su nativa gracia,  
parecía, encantada de su amante,  
un niño que sonrío á una desgracia.

«Acercándose á mí, — prosiguió hablando —  
en medio de mis puras alegrías,  
sin saber cómo, ni por qué, ni cuándo,  
sus manos se juntaron con las mías.

»Después, por las ocultas enramadas,  
buscando nuestras almas el reposo,  
como buscan dos aves asustadas  
un nido solitario y silencioso,

»Una enramada hallamos aquel día,  
tan misteriosa, plácida y oscura,  
que, más que una enramada, parecía  
una choza de flores y verdura;

»Y allí, más encendida que una rosa,  
en medio de una dulce confianza,  
avergonzada, trémula, dichosa,  
el fruto coseché de mi esperanza.»

Y cuando esto sus labios proferían,  
de extática embriaguez el rostro lleno,  
moviéndose, menguaban y crecían  
las líneas circulares de su seno.

Y después, renovando su memoria  
el único recuerdo que tenía,  
sigue así de su amor la larga historia,  
sin saber que ha nacido en aquel día:

— Desde el rapto feliz de aquel momento,  
por causas mil, á mi razón extrañas,  
con supremo placer germinar siento  
otro amor aun más grande en mis entrañas. —

Y del amor que en sus entrañas siente,  
brotando un pensamiento repentino,  
sin comprenderlo bien, naturalmente,  
se puso su semblante purpurino.

Y Paz, mientras la joven meditaba  
por qué amaba á otro ser más que á su amante,  
le hablaba con los ojos, y brillaba  
una risa de madre en su semblante:

— Cuando Dios lo bendice santamente, —  
Paz le responde, — nuestro amor gozado,  
amando el porvenir más que el presente,  
después de ser placer, pasa á cuidado. —

— ¿Por qué me deja sola? — con tristeza  
la joven exclamaba; y proseguía,  
teniendo siempre vuelta la cabeza  
por el lado en que Adán marchado había:

— ¿Qué amor le apartará de mis amores?  
Sin duda embargarán su pensamiento  
los árboles, las fuentes y las flores,  
tal vez el sol, acaso el firmamento. —

Contando así sus penas de aquel día,  
con santas frases, de ternura llenas,  
su rostro el más hermoso parecía  
que entristeció el dolor desde que hay penas.

Y añadió, separando de su frente  
de sus cabellos la dorada aureola:  
— ¿Por qué me dejará junto á esta fuente,  
condenada á la pena de estar sola? —

Escucha, — dijo Paz; — verás cuál templá  
ese dolor tan tierno y tan profundo  
lo que vas á saber; oye, y contempla  
algún cuento de allá del otro mundo.

»Es un germen allí de desventura,  
el que casto imagine el pensamiento  
mil edenes de luz y de frescura  
que construye el amor hasta en el viento.

»Son las dichas, exentas de cuidados,  
de nuestra alma ilusiones engañosas;  
la fe, la duda y el amor, mezclados,  
son el fondo entrañable de las cosas.

»Cuando algún día, como ahora, quedes  
abandonada del amor querido,  
¡dichosa, al menos, tú, si entonces puedes  
algunas flores recoger de olvido!»

— ¿Con que, no es el amor toda la vida? —  
la joven le pregunta, y con presteza  
suspira, frunce el ceño, y distraída  
inclina lentamente la cabeza.

Paz prosigue: «De bienes y de males  
pagando tu pasión largo tributo,  
cual todos los amores terrenales,  
tendrá días de sol y horas de luto.

»¡Ay! y si sola para siempre quedas,  
tu corazón entonces, lacerado,  
no podrá ni vivir, como no puedas  
enterrar entre flores lo pasado.

»La ilusión del amor es ser eterno...»  
Y esto oyendo la joven, afligida,  
— Pues ¿qué exclamó con el candor más tierno,  
¿hay más que un solo amor en nuestra vida?»

Paz, sin oír, siguió: — Si es tu destino  
que vivas con amor sin ser amada,  
paso á paso, hasta el fin de tu camino,  
andando irás con el deber cargada. —

Y viéndola escuchar todas las brisas,  
sigue Paz: «Haga el Dios de los amores  
vuelvas á hallar sus labios con sonrisas,  
tornes á ver sus ojos con fulgores.

»Y si fuese tu amor abandonado,  
quiera aliviar, piadoso, tus pesares  
aquel que en los espacios ha sembrado  
sus grupos de planetas á millares.»

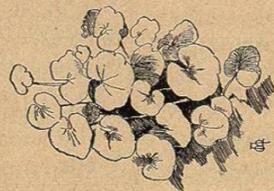
Sin oír estas frases elocuentes,  
la niña, atenta á una esperanza vana,  
muestra el blanco azulado de sus dientes,  
su hermosa boca de color de grana;

Y — ¡adiós! — grita de pronto; — oigo la brisa,  
que repite su voz junto á aquel monte:  
me voy, porque mi gloria es su sonrisa,  
las huellas de sus pies son mi horizonte. —

Y alma sencilla entre las más sencillas,  
porque sueña en la voz del ser amado,  
se agolpa, encantador, á sus mejillas,  
del pudor virginal el encarnado.

Y corriendo fantástica y ligera  
detrás de aquel amor, su única gloria,  
— Me voy, me voy, — les dice; — que me espera.  
¡El cielo os haga dulce mi memoria! —

Y á los labios de Paz lleva la frente,  
la cual un beso y dos sobre ella imprime;  
después á Honorio la acercó, inocente,  
con jovial expresión casta y sublime;



Mas viendo que éste, con glacial tibieza,  
de besar se excusó su frente hermosa,  
ella volvió, afrentada, la cabeza,  
por no sé qué malicia candorosa.

Y corriendo hacia el monte desde el valle,  
con agitados pies y ojos febriles,  
en el rostro mostraba, y en el talle,  
una explosión de gracias infantiles.

Y la causa buscando de sus penas,  
despareció, cruzando la campiña,  
con aquel pie que llenaría apenas  
el hueco de la mano de una niña.

— ¿Por qué, pregunta Paz, no la has besado,  
turbando en ella del candor la calma?  
¿No conoces que así la has enseñado  
á pensar en el mal, hijo del alma? —

De rojo las mejillas encendidas,  
Honorio contestó con triste acento:  
— ¡Solamente una vez, en tantas vidas,  
á una mujer besé de pensamiento! —

Quedóse, hablando así, meditabundo;  
la madre le miró con indulgencia,  
y uno y otro dejaron aquel mundo  
de amor, de admiración y de inocencia.



ESCENA XLIII

Cómo acaban los dogmas

LUGAR DE LA ESCENA: *El jardín de José de Arimathea*

PERSONAJES. — JESÚS EL MAGO. — HONORIO. — PILATO. — EL GUARDA DEL SEPULCRO DE CRISTO. — HADAS, NINFAS, DRUIDESAS, SÍLFIDES, HECHICERAS, Y TODOS LOS GENIOS REPRESENTANTES DE LAS ANTIGUAS RELIGIONES.

ARGUMENTO

Se hallan Jesús el Mago y Honorio en el sitio del jardín de José de Arimathea; Jesús hace retroceder el tiempo hasta la noche del primer Viernes Santo.

Ve Honorio dos hombres, uno guardando el sepulcro de Jesucristo, que era el mismo soldado que se quedó con la túnica de Jesús el Mago en el acto de la prisión de Cristo, y el otro era Pilato, que, saliendo de Jerusalén desesperado, distraía su dolor vagando por los campos. Viendo una vez el guarda del sepulcro que el Pretor se revuelca en el suelo, cree que tiene frío, y le echa encima la túnica de Jesús el Mago. Al sentirse cubierto con la túnica Pilato, por efecto de un prodigio, ve lo invisible, y mira lleno de espíritus alados el huerto de José de Arimathea.

Las hadas y todos los genios de las antiguas religiones acuden al rededor de Jesús el Mago para que los bautice. Se adelanta la ninfa Egeria, y le dice que desde el momento en que murió Cristo, los dioses del Olimpo desaparecieron del espacio, y por más que los fueron buscando de planeta en planeta, no los encontraron.

Jesús el Mago sube al cielo, y al volver á la tierra, viene seguido de un reguero de luz, con el cual baña y purifica, bautizándolos, á todos aquellos espíritus, que, convertidos ya al Cristianismo, ven sus antiguos dogmas purificados y fundidos en el dogma nuevo, y se arrodillan alrededor del sepulcro de Jesucristo.

Pilato se levanta horrorizado, y recuperando su túnica Jesús el Mago, vuelve el Pretor á dejar de ver lo invisible, y se dirige á Jerusalén, pensando en lo horrible de su culpa.

Ya el sol, para morir, se reclinaba  
al opuesto confín de Galilea;  
y cerca del Calvario, en donde estaba  
el jardín de José de Arimathea,

Jesús, en prueba de cariño, toca,  
de un valle estrecho en el oscuro flanco,  
un sepulcro tallado en una roca,  
que amenaza caer en un barranco.

«Tu madre á ver sufrir te ha conducido, —  
dice á Honorio Jesús, — de una á otra esfera,  
y ya tu corazón, compadecido,  
al alma humana dió la vuelta entera.

»Has visto el mal del vicio; pero ahora,  
en rápido y vistoso panorama,  
ya que acabas de ver cuánto se llora,  
vas á saber, Honorio, cuánto se ama.»

Y — vuelve — dice al tiempo; el que, obe-  
atras sus alas sobre sí repliega, (diente,  
y ante ellos vuelve su inmortal corriente  
como un vapor que turba y que no ciega.

Viendo Honorio un fulgor, que de una gasa  
parecía el fantástico diseño,  
mira en un río de vapor que pasa,  
retroceder la historia como un sueño;

Y por tocarlo bien, tiende su mano;  
mas, sin romper de su ilusión el prisma,  
cogiendo nada más que el aire vano,  
su mano se cerró sobre sí misma.

Y volver hacia atrás, rápido, vieron  
á ese tiempo que corre hacia adelante,  
y á la voz de Jesús retrocedieron  
quince siglos y más como un instante.

Tornóse el tiempo con premura tanta,  
que fué llegando, en óptica ilusoria,  
hasta esa fecha misteriosa y santa  
que es el punto brillante de la historia.

Parándose, al llegar, aquella urdimbre  
que la luz en los céfiros tejía,  
Jesús con su voz, clara como el timbre  
de una lámina de oro, proseguía:

«Aquí, como verás, bajo esta losa,  
después que muerto fué por los malvados,  
el cuerpo sacratísimo reposa  
del que vino á purgar nuestros pecados.

»En mágica ilusión, de Cristo en nombre,  
hice al tiempo volver, para que veas  
la pasión y la muerte del Dios hombre  
en hechos que serán sombras de ideas.»